

Kumañí, Ichiaí, Obregón

SIMÓN CODRIANSKY

*Departamento de Matemáticas y Física
Coordinador General de Investigación
Instituto Pedagógico de Caracas*

Conocí a Hugo Obregón en marzo de 1976 cuando ingresé al Instituto Pedagógico de Caracas, al Departamento de Matemáticas y Física, después de ganar un Concurso de Credenciales. Nos presentó Pedro José Colina, quien era para entonces Jefe del Departamento. Hugo se presentó diciendo, con un fuerte apretón de manos, "Mucho gusto Profesor Codriansky, mi nombre es Hugo Obregón". Me pareció oír el golpear de sus tacones. Siempre me ha parecido divertido que los colegas me llamen Profesor. Ese fue el comienzo. Con el correr del tiempo nos unieron cuestiones predominantemente profesionales, pues Hugo nunca fue una persona de mucho darse. Los intermediarios de esa unión fueron Kumañí, Ichiaí, la Diosa del Pulgar preñado e infinidad de aspectos de la mitología, muy rica por cierto, de los indígenas Yaruros a quienes Hugo dedicó una parte sustancial de su producción intelectual. Trabajó intensamente, yo diría apasionadamente, en colaboración con Jorge Díaz Pozo, su compañero en las salidas de campo y coautor de todas las investigaciones de la lengua Yarura y en particular de su mitología. Ese aspecto de su trabajo es el que mejor conozco; sus colegas podrán hablar con mayor propiedad de sus otras facetas.

Los personajes entraron en mi vida cuando Hugo me pidió que ilustrara la portada de uno de los libros en los cuales se presentaba una transcripción de parte de la mitología Yarura (*En la Tierra de Kumañí*, 1983).

Kumañí es la Diosa de la Fortuna según la mitología Yarura. Es la protectora del pueblo Yaruro. La conexión con ella se realiza mediante la intercesión del shamán, quien, con ayuda de una maraca con cuentas de propiedades indudablemente mágicas, pone en contacto a los miembros de su tribu con unos personajes casi angelicales que interceden ante Kumañí para llevar el mensaje del shamán. Como contrapartida Ichiaí es el demonio, la divinidad malvada, el espíritu maligno, el causante de todos los males y de quien piden protección a Kumañí, la gran matrona. El nombre de esta diosa hizo tal impacto en mí que adoptamos su nombre para una colección incipiente que estábamos escribiendo por esa época con Jesús Aranguren y María Antonia Nova. La magia de Kumañí debe servir sólo para los de su pueblo pues a nosotros no nos funcionó ni como diosa protectora ni de la fortuna ya que la colección nunca llegó a las librerías, se quedó en la aprobación de los textos por parte del Ministerio de Educación y en las pruebas de imprenta. Ilustré nueve libros para Hugo, con inmenso placer debo decir.

Los contactos de corte más personal con Hugo son, sin embargo, anteriores a Kumañí e Ichiaí. Recién llegados al Instituto Pedagógico, debimos pasar por una de las peores pruebas que humano alguno deba soportar en Venezuela. El cambio de visado. No quiero recordar la cantidad de horas que pasamos en la DIEX haciendo antesala con una supuestamente mágica tarjeta de presentación que muy pronto nos dimos cuenta de que no servía para nada pues el destinatario ni siquiera se tomaba la molestia de leer de quién provenía ni cuál era su propósito. Y qué decir de los porteros. Sin embargo, todo se resolvió de manera favorable; eso es evidente pues de otra forma no nos hubiésemos quedado en Venezuela.

Hugo era un tipo solitario. En diciembre de 1978 coincidimos de visita en Chile y allí se fue conmigo y mi familia a pasar unos días en la casa de playa de mi madre. Eso evidencia, por un lado, la falta de amigos y conocidos en Santiago. Pero por otro, esa visita me halagó bastante pues me mostró que la amistad iniciada en Caracas era sólida; y de hecho la comunicación con Hugo era fácil. A ello debe de haber contribuido el descubrimiento de conocidos comunes a pesar de que las circunstancias y la ocasión en que tuvo lugar ese contacto eran, en cada caso, totalmente diferentes. Hugo culminó su Doctorado en la Universidad de Moscú donde conoció a un físico —el cual era ya un personaje de mis tiempos de estudiante de pregrado en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Chile— y que se hizo famoso entre los latinoamericanos que allí estudiaban por haber sido uno de los únicos extranjeros que tuvo la osadía de rechazar a su tutor ruso. Eso casi le valió la expulsión a muchos de ellos, entre ellos a Hugo quien debió hacer un trabajo digno de un joyero para evitar que su propio tutor lo pusiera al borde de la expulsión. Otro aspecto

que contribuyó a la formación de esos imperceptibles lazos que se conocen bajo el nombre de amistad es el descubrimiento de que en nuestras respectivas disciplinas la forma de trabajar, la forma de abordar los problemas, la forma de concebir la solución de cada situación es casi la misma a pesar de lo aparentemente disímil de los tópicos de que se ocupa cada una de ellas. Circunstancias universitarias parecidas; posturas similares ante acontecimientos mundiales —estoy pensando en Vietnam, Belfast, el Medio Oriente, la cuestión nuclear, en especial las pruebas francesas en el atolón de Mururoa y otras— así como el haber sido sometido a influencias culturales equivalentes, forman un panorama que puede, si no explicar, al menos delinear un escenario en el cual la formación de lazos estrechos es más que factible. Horas muy gratificantes de conversación llevan a establecer esa amistad sólida aun cuando no íntima; acercarse a una cierta barrera imperceptible pero evidente hace que la relación llegue sólo hasta un cierto punto. Es cuando se manifiesta la decisión de Hugo de mantener un coto para sí, vedado para el resto de los mortales. Pero es que todos hacemos eso, si no lo hiciéramos así no habría lugar para los sueños.

La formación académica de Hugo en la Universidad de Moscú dejó una marca peculiar tanto en su estilo de trabajo —que no admitía descanso o claudicaciones— como en su personalidad que adquirió un tinte casi espartano. Como consecuencia, la opinión que tuvo de los alumnos en el Instituto Pedagógico tanto de Caracas como de Maracay estaba teñida de esa actitud. Siempre se quejó de la falta de disciplina de los estudiantes, de la falta de trabajo sostenido y constante alegando que en su época de estudiante él era capaz de sacrificar diversiones y descansos para alcanzar una meta. En ese sentido, Hugo nunca logró entender que la formación de los estudiantes del Instituto Pedagógico no está diseñada para enseñarles a trabajar en forma independiente y que enfatiza más de lo necesario la dependencia de los alumnos de sus profesores así como en una medida menor de lo deseable el desarrollo de una actitud crítica. La exigencia de aprender la práctica de una disciplina en el trabajo y la poca respuesta obtenida eran capaces de sacarlo de sus casillas; la forma de comunicarse al estilo ruso —parco, exigente y basado en la disciplina— era uno de los mensajes que intentaba comunicar. Hay que reconocer que en ese aspecto tuvo poco éxito, salvo con aquellos cuya inclinación a ese tipo de metodología era marcada, encontrándose entre éstos muchos de sus colegas de quienes tenía una excelente opinión. Prueba de ello son los trabajos realizados en colaboración.

Es difícil describir la impresión que me causó la noticia de su muerte ocurrida en Santiago el 14 de febrero de 1994. Por varios días no podía creerlo. Lo primero que pensé fue que ya estaba entrando en esa etapa en

la cual uno ve desaparecer a aquellos que lo han acompañado por un largo trecho, pero después de un paciente trabajo de auto-adiestramiento me convencí de que los que me rodean estarán en mis cercanías por mucho tiempo.

Hugo logró de mí cuestiones que nadie había logrado hasta entonces, como hacer que yo asistiera a un servicio religioso. El servicio me permitió concentrar la atención en el recuerdo del amigo. Un pequeño instante en el que el recuerdo de Hugo se intensificó y se convirtió en el centro de todo, pero a decir verdad ese recuerdo nunca se ha desvanecido. Y estoy seguro de que nunca lo hará.

Enero de 1995